

LA ÉPOCA EN QUE VIVIÓ SANTA CATALINA FUE EN ALTO GRADO CONFLICTIVA tanto en lo civil como en lo eclesiástico. En cuanto a lo primero: la santa nació el mismo año en que estalló en Europa la peste negra (1347-1352), que segó las vidas de casi la tercera parte de la población europea; la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra y la lucha entre las ciudades italianas con el Papa. En lo eclesiástico el traslado de la corte pontificia a Aviñón (Francia) entre 1305 y 1379 y sobre todo el cisma de Occidente (1378-1417) en el que no se sabía cuál era el verdadero papa, pues los cardenales, en una tumultuosa elección, tres meses después de elegir a Urbano VI, abandonaron Roma y eligieron a Clemente VII que fue a vivir a Aviñón. El desconcierto en la cristiandad fue espantoso. Los cardenales alegaban que no tuvieron libertad para elegir, por la presión del pueblo romano. Aún hoy no estamos ciertos de la validez de la primera elección, además porque Urbano dio señales de locura, por lo que varios cardenales lo vigilaron, pagando la osadía con su vida. El concilio de Pisa (1409), dando por supuesto la invalidez de los papas de Roma y Aviñón, nombró un tercer papa, por lo que la confusión creció. Lo curioso es que, hasta 1942, los papas de Pisa estuvieron en el Anuario Pontificio. El cisma se resolvió con el nombramiento de Martín V en el concilio de Constanza (1417) que fue reconocido por toda la cristiandad.

Santa Catalina de Siena.

Mística, doctora de la iglesia; copatrona de Italia y de Europa (1347-1380)

por Fray Frank DUMOIS, OFM



Catalina nace en Siena (Toscana, Italia central) en 1347. Era la penúltima de los veinticinco hijos de Jacobo Benincasa, tintorero y Lapa Piacenti, hija de un poeta del pueblo. Pertene-cían a la clase media baja, ambos cultivaban la vida espiritual y el respeto a los demás.

Desde su infancia Catalina empezó a tener visiones y a practicar austeridades extremas; a los siete años consagró su virginidad a Cristo y a los dieciséis tomó el hábito de Terciaria Dominica y renovó la vida de los ermitaños del desierto en un pequeño cuarto de su casa. Allí tenía ardientes coloquios con el Señor, orando por los pecadores y adquiriendo fuerzas para atender a los enfermos, especialmente aquellos infectados con las enfermedades más repulsivas. A pesar de sufrir siempre terrible dolor físico y vivir largos intervalos de tiempo alimentándose sólo de la Eucaristía, estaba siempre radiante y feliz. Sus contemporáneos, sin excepción, atestiguan su extraordinario encanto personal, que prevalecía sobre las continuas persecuciones de que era objeto, incluso por los frailes de su propia orden y sus hermanas en religión.

A los doce años, Catalina era una atractiva joven y sus padres trataron de disuadirla a que abandonara su reclusión y llevara vida social. Su hermana mayor, Buenaventura, refuerza la idea de sus padres y Catalina accede. Se tiñe el pelo y viste de gala. Pero en 1362, Buenaventura muere de parto y Catalina ve en ello una llamada a cambiar de ruta. Se corta el pelo al rape y reanuda sus largas oraciones y trato íntimo con Dios. Un día siente la voz del Padre celestial que le dice: “Catalina piensa en mí, si lo haces, yo pensaré en tí” (Vida 64-65).

Catalina empezó a reunir discípulos a su alrededor, hombres y mujeres que formaban una estupenda familia espiritual.

En 1370, a los veintitrés años de edad, pidió a Cristo que le cambiara el corazón, a lo que Él accedió magnánimamente. Tal cambio de corazones tendrá gran resonancia en varios acontecimientos sociales y eclesiales y en la Orden dominica. Ese mismo año experimentó una especie de muerte mística, en la que tuvo una visión del infierno y del purgatorio y escuchó una orden divina de abandonar su celda y entrar en la vida pública del mundo. Empezó a enviar cartas a hombres y mujeres de toda condición de vida, entró en correspondencia con príncipes y repúblicas de Italia, fue consultada por enviados del Papa sobre asuntos eclesiásticos y se ofreció a sí misma para sanar las heridas de su tierra natal, entonces en guerra civil. Imploró al Papa Gregorio XI, abandonar Aviñón para reformar el clero y la administración de los Estados Pontificios.

En 1374, Catalina es convocada por los dominicos a su capítulo general de Florencia y se le asigna a Fray Raimundo de Capus como su director espiritual. Después Raimundo se asociaría incluso a la comunidad itinerante de Catalina, con un nuevo estilo de fraternidad, apoyado por la orden, a pesar de que no falten contradictores.

En Pisa en 1375, Catalina recibió los estigmas, pero a petición suya, las marcas no aparecieron exteriormente en su cuerpo mientras vivió.

La guerra estalló entre Florencia y la Santa Sede. Catalina fue enviada en una misión por el Papa para asegurar la neutralidad de Pisa y Lucca. En 1376, fue a Aviñón como embajadora de Florencia, para lograr la paz, pero no tuvo éxito. Sin embargo impresionó tan profundamente al Papa que, a pesar de la oposición del rey de Francia y del colegio cardenalicio, regresó a Roma en enero de 1377. El “cautiverio de Aviñón” llegaba a su fin.

Catalina pasó gran parte de 1377 produciendo una maravillosa renovación espiritual en los territorios de la república de Siena y entonces aprendió milagrosamente a escribir, aunque parece que siguió confiando en sus secretarios para sus cartas. En 1378 el Papa la envió a Florencia, para un nuevo intento de paz. Allí en un tumulto popular se atentó contra su vida. Sin embargo, permaneció en territorio florentino hasta que le llegaron noticias de que se había firmado la paz entre la república y el nuevo Papa, Urbano VI. Entonces la santa regresó a Siena donde dictó su célebre “Diálogo”, el libro de sus meditaciones y revelaciones, una verdadera joya de la literatura mística universal.

Entre tanto había estallado el llamado cisma de Occidente que, como dijimos en la introducción, dividió la cristiandad en dos grupos. El Papa romano Urbano, a quien Catalina apoyó con entusiasmo, la llamó a Roma a fines de 1378. Allí vivió hasta su muerte, luchando por la reforma de la Iglesia, atendiendo a los desvalidos y enviando cartas en nombre de Urbano en todas direcciones. En una de estas escribía a Raimundo de Capus: “...Entonces Dios, dejándose apremiar por las lágrimas y atar con el lazo del deseo, decía: ‘Hija mía

dulcísima: considera lo manchada que se halla la cara (de la Iglesia) por la inmundicia y amor propio, y lo inflada que se encuentra por la soberbia y avaricia de los que se alimentan de sus pechos. Deja tus lágrimas y tu sudor y sácalos de la fuente de la divina caridad (Cristo) y lávale la cara. Te aseguro que no le será devuelta su belleza con el cuchillo o la crueldad de la guerra, sino con la paz y las continuadas oraciones, sudores y lágrimas vertidos con el anhelante deseo de mis servidores’...”

Catalina amó apasionadamente a la Iglesia, denunció la corrupción que había en ella, oró y sufrió por ella. Así nosotros debemos amarla aunque veamos defectos en ella, a veces graves. Porque es la Iglesia que quiso Cristo, asentada sobre la roca de Pedro.

Su esfuerzo rápidamente se fue consumando; rogó a su divino Esposo que le permitiera sobrellevar el castigo por todos los pecados del mundo, y recibir el sacrificio de su cuerpo por la unidad y la renovación.

Por fin el 29 de abril de 1380, después de ofrecer, una vez más su vida por la Iglesia, muere diciendo, como Jesús: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”

Pío II la canonizó en 1461. El Beato Pío IX la proclamó copatrona de Italia (con San Francisco de Asís). Pío XII la declaró patrona primera de Italia; Pablo VI la proclamó Doctora de la Iglesia en 1970 y Juan Pablo II la designó copatrona de Europa (con San Benito de Nursia).

Sí, como las mujeres de su época, tuvo escaso acceso a la escuela, bebió con avidez de la cátedra de la cruz y del saber y amor divinos.

Su “Diálogo” deja ver su profundización de la Palabra de Dios, su odio al pecado, su intensísimo amor a Cristo, a la santa madre Iglesia y a su cabeza visible, el Papa (“el dulce Cristo en la tierra”).

Dios le comunicó: “Yo soy el que soy, tú eres la que no eres. ‘El que es’ se ocupa de ti ‘que no eres’ y envía a su Hijo para que se entregue hasta la muerte de cruz”.

“Cuida tu celda interior. Porque es el ámbito en el que se desciende a la profundidad de tu pobre ser y donde se experimentan las propias limitaciones, dando cabida a la acción misericordiosa de Dios”.

“Escribe y habla en la Sangre. Mira que Cristo crucificado es la mejor expresión del amor de Dios a la humanidad. Mira que desde este Dios que asume el sufrimiento humano, cobra sentido toda tu existencia, colmada, frecuentemente de trabajos y sufrimientos”.

“Ama a la Iglesia. Es cuerpo místico, es misterio de la fuerza salvadora de Dios y fuente de santidad. Mira que es urgida a la conversión, comenzando por sus ministros...”

A Santa Catalina de Siena se le representa con túnica blanca y capa negra de las dominicas y llevando en la mano un lirio, o un crucifijo, a veces un corazón y la frente ceñida por una corona de espinas y a veces con estigmas de los cuales brotan lirios. Ω